

DESASOSIEGO POLITICO-SOCIAL DE ESPAÑA, 1868-1870

No ha entrado en mi ánimo intentar siquiera reelaborar el proceso tormentoso cuyo estallido final abrió las compuertas de la Edad Contemporánea española. En libros y algunos artículos míos creo haberlo hecho completando estudios anteriores (1). Pero, como en otras ocasiones, al derramar en la corriente circulatoria de nuestra historia esa intimidad que nos pertenece —podrida a veces por pereza en archivos privados—, no habrá manera de pasar de largo ante los jalones que encuadran la revolución de septiembre, la interinidad y la restauración, tres etapas de un desarrollo no terminado todavía. Un desarrollo, no «infinitud de hechos cristalizados, quietos en su congelación», que la perspicacia de Ortega señalaba en los eruditos pseudo historiadores con ínfulas profesoriales. Porque conviene remachar la idea de que es la historia «una elaboración de *films*», cuyos datos, hechos, cosas esperan la mano, en cierto modo artística, que los movilice a fin de que el estudioso o el simple lector de historia —ambos por igual— se percaten de que, ciertamente, «de lo quieto nace lo raudó» (2). El lector de realidades históricas —no el acarreador de sillares incapaz de arquitecturizarlos en un estilo— es el verdadero consumidor de historia y, como tal, apasionado de ese fluir innegable que fue la vida del pasado: cliente, en una palabra, de quienes en libros se la ofrecen. ¿Será lícito olvidar, para los historiadores, la máxima de uso corriente en el mundo comercial de que el cliente tiene siempre razón? Un filósofo me lo impide (3).

Esforcémonos a prescindir del acto tercero, tengo escrito en un prólogo (4). Debo aquí reiterar la recomendación. Pienso en estas páginas dedicar la atención a lo que hicieron, dijeron y pensaron (5), únicamente, de los protagonistas

(1) Complemento apropiado de mi empeño de hoy, aparte los extensos libros y artículos aludidos en el texto, será el estudio «La interinidad revolucionaria y los comienzos de la Restauración vistos por los ingleses», que publicarán en su número 5 los *Cuadernos de Historia Diplomática*, de Zaragoza.

(2) ORTEGA Y GASSET: *El punto de vista en las artes* (Madrid, «Rev. de Occid.», 4, 1924), págs. 129-130.

(3) BERTRAND RUSSELL, en sus *Portraits from Memory and other Essays* (Londres, G. Allen and Unwin Ltd., 1956), pág. 177.

(4) OLIVAR BERTRAND: *Así cayó Isabel II* (Barcelona, Destino, 1955), pág. 9.

(5) What men have done and said, above all what they have thought: that is His-

del drama español. Imposible registrar las resonancias de todo el reparto, para cuyo encaje futuro ofrezco las piezas que siguen. En ellas quedará patente el desasosiego que mordió, como la envidia, el paso galopante de nuestros abuelos.

COMO FRUTA ALGO MÁS QUE MADURA...

Así vieron caer la monarquía de doña Isabel. Y no sólo los revolucionarios. Uno de los claros espíritus que supo recoger la palpitación de aquellos días acertó a escribir, con serenidad, el juicio menos ofensivo para la reina castiza (6): «Es que Isabel II obedeció siempre a impresiones y sentimientos más o menos pasajeros, y las ideas políticas fueron siempre poco menos que letra muerta para ella. Mujer de corazón y no desprovista ciertamente de arranques generosos, rara vez comprendió los alcances y el sentido intelectual del papel de reina.» Las variadísimas influencias a que se prestaba su falta de personalidad y su exceso de ligereza explican las veleidades de su reinado y la pérdida constante del afecto y la lealtad de sus súbditos. Soberana crédula, esposo ínfimo y camarilla y mediocre tenían forzosamente que ser objeto de burla en espera de serlo de las llamas. Por los aledaños de fechas ruidosas, don Manuel Bretón de los Herreros olisca el fósforo en que iba a arder España entera si proseguía la confusión de cetro y báculo con el error de gobernar héticamente al pueblo de mayor biología del Ochocientos (7). Y acertó Bretón de los He-

tory», ha escrito, FREDERICK WILLIAM MAITLAND (cita de G. P. GOOCH, en *Under six Reigns* (Londres, Longmans, Green and Co., 1958), pág. 232.

(6) PÉREZ GALDÓS: *Política española* (Madrid, Renacimiento, 1923), t. I, vol. II de «Obras Inéditas», pág. 94.

(7) En el archivo de don Manuel Ruiz Zorrilla (La Pileta, Villajoyosa, Alicante), que la cortesía de don Vicente Alvarez Villamil (q. e. p. d.) me permitió consultar, copié los versos que de 1867 a 1868 se hicieron popularísimos, y que, textualmente, son como sigue:

Temo que el cetro se convierta en *báculo*
y el Estado hoy robusto muera *ético*
si otro Esculapio (1) en ademán *ascético*
vuelve a ser del rey cónyuge el *oráculo*.

Venero a Dios, venero el *tábernáculo*,
mas no a hipócrita Sor que con *émético*
llagas remeda a cuyo humor *herpético*
fué quizá el torpe vicio *receptáculo*.

¿Cuestión de religión la que es de *clínica*
y darnos leyes desde el trono? ¡*Cáscaras!*,
ya así no se gobierna ni en el *Bósforo*.

Mas si esta farsa demasiado *cínica*
continúa, caerán todas las *máscaras*,
y arderá España entera como un *fósforo*.

(1) El P. Fulgencio.

rreros, el saludísimo sainero, porque, tantas veces se arrimó la mecha al fósforo, que al fin éste ardió echando llamaradas por toda la península. Bailaron y soñaron muchos dentro, locamente, mientras fuera don Juan y don Salustio, don Emilio y don Francisco, don Manuel y don Práxedes..., sorteando la cizaña de envidiosillos, impacientes y oportunistas, aguardaban el momento propicio para manejar la escoba y edificar luego, con bellas ideologías, maravillas constitucionales. El año 1868 sabemos que fue decisivo.

No estuvieron de ello tan seguros los contemporáneos, los que inauguraron sus jornadas con deseos de renovación, simplemente, para el siguiente. La tensión en que vivían los proscritos, incluso los que no tocaban pito en la «gorda» que se preparaba, justificaba —aunque lógicamente parezca lo contrario— escisiones y recelos entre progresistas, demócratas y unionistas calificados, respectivamente, de inocentes, exterminadores y verdugos (8). Los más sanos —y en cada opinión los había— eran conscientes de la existencia de quienes, halagándoles, pensaban reservarse una prebenda en la futura España. Por eso procuraban prescindir de intermediarios y no supeditarse a personajillos de segundo y tercer orden, que eran los que más bulla metían y más cizaña sembraban. (Paco Montemar *el Triste*, Becerra, Damato, Alcalá Zamora...) Los hombres de acción, como Pepe Merelo, el general, se consumían en el aislamiento y calma chicha de Lisboa hasta que lograban tomar el vapor de Burdeos rumbo a Londres, la Babilonia elegida por Prim, que es general, conde y marqués no lo olvidemos, y, según sus incondicionales, «más grande en los momentos de desgracia que lo pudiera ser en el día de la prosperidad, más resuelto cuanto más desconocido y más calumniado...». En la tierra bendita del sol y la alegría —quizá para enmascarar miseria y angustia— la gente menesterosa padecía un hambre «que ya, ya»; el dictador Narváez, con gran boato, decretaba indultos que no alcanzaban a los emigrados y comprometía innecesariamente a España en la cuestión italiana. En las márgenes del Sena se multiplicaban las rifas para ayudar a aquéllos —con la cadena de oro de Izquierdo, por ejemplo—, se obstinaban en mantener rencillas que sulfuraban a don Juan o, con un sentido más agudo de la realidad, se facilitaba propaganda liberal a los directores de periódicos parisienses —Passard, Duvernois, Garnier— para que emprendieran campañas favorables a todos cuantos prometían la regeneración del país.

En el mes de febrero de este decisivo año de 1868, «seguía el yunque tra-

(8) Archivo Ruiz Zorrilla, carta del sacerdote progresista Teodoro, fechada el 1-I-1868. El «Curita», según le conocían los correligionarios, y que en ocasiones firmaba humorísticamente Toribio, era Luis Alcalá Zamora. Escribe con una desenvoltura, diríamos, erudita, citando con frecuencia pasajes bíblicos —textuales o extractados... aplicando a los «avanzados» y a los de la «Unión estomacal» un lenguaje cuyo pintoresquismo tiene quilates muy superiores al empleado por los políticos a secas. V. otra carta del mismo en *ibidem*, del 25-I-68.

bajando», con desconfianza creciente hacia los unionistas, más que hombres de partido, personas que gustaban vestir la librea de Cánovas. Sin ninguna clase de cuquerías, los que se adelantaban a la brecha no se limitaban a comentar las heridas de muerte que indudablemente resquebrajaban el Ministerio del espadón. Ni el conde de San Luis ni los conatos de González Bravo de proclamar a la reina absoluta, ni los neos detendrían la ruina de la casa grande, pues el triunfo de la libertad, próximo o lejano, se anunciaba con el aumento de noventa y cinco millones en los intereses de la deuda y, sobre todo, con la furia, malamente contenida, de la multitud de cesantías de gente que no tenía otro modo de vivir que la brindada por el presupuesto. Si se añadía el recargo en las contribuciones, la paralización del comercio y la miseria pública, la revolución se acercaba por necesidad... Una revolución constructiva, afirmaban sesudos varones, pese a «los tunos, egoístas, charlatanes y canallas» que sólo pensaban en pescar en río revuelto. Los sesudos varones a que me refiero, progresistas, todo lo esperaban de un arranque del general —léase Prim—, apoyado en la simpatía y los empréstitos de liberales ingleses y franceses y en el probado coraje de quienes sólo esperaban la orden de lanzarse a la pelea. «Las intrigas de los hojalateros y los cuchicheos y las juntitas de los demócratas no les apartarían de la única esperanza que quedaba a la maltrecha, aunque no dormida España» (10).

EL CESANTE

Conviene hacer una pausa en el retumbante galope que se aproximaba dedicando la atención a una clase o tipo social engendrado por la fiebre política del Ochocientos: el tipo del cesante aludido anteriormente, y que se presenta por

(9) Archivo Ruiz Zorrilla, cartas de Salvador Juan Donnato, Merelo. Manuel Moncasi, Luis Pidal, Luis Alcalá Zurita, Joaquín Aguirre —el «canonista conspirador»—, Sagasta y Juan Prats, todas del mes de enero, 1868, días 14, 17, 18, 24, 28, 29 y 31. El interés, y la preocupación, de los ahora conspiradores y revolucionarios por la prensa extranjera se mantuvo en la hora del triunfo y mucho después. Curiosa es, a este respecto, la carta del periodista francés A. Lamartinière, fechada en Saint Denis el 17-X-1869, que cito aquí porque el tema queda al margen del central de este ensayo. En un afán de defender y servir al ministerio, presidido ya por Prim, escribe Lamartinière: «Je vous dirai que la question suscitée par l'interpellation de M. Figuerilla au sujet des diamants préoccupe toute la presse étrangère et je me vois obligé à mon grand regret de garder le silence ne recevant à ce sujet aucun renseignement pour combattre les assertions qui sont publiées par la mauvaise presse et je ne puis dans ma correspondance ne rien dire n'ayant ni faits ni renseignements.» (Archivo Ruiz Zorrilla.)

(10) *Ibidem*, cartas de Baltasar Hidalgo de Quintana, Salvador Damato, Domingo Moriones, S. Castañeda, José Merelo y Manuel L. Moncasi, de los días 4, 5, 8, 10, 14, 27 y 28 de febrero.

estos decenios con carácter epidémico y asolador. La «racha» de la que no se libraba nadie a cada cambio político, dejaba cesante al ex-ministro y al vigilante de consumos expulsado por capricho gubernativo. Lo que había de común entre el hombre representativo y el infeliz que perdía la pitanza —desesperación e inquietud— se extendía a lo largo de una escala triste y, con frecuencia, miserable. Porque el cesante, téngase bien en cuenta, el cesante de la Administración «no puede ni sabe, ni quiere allegarse otras maneras de vivir». Su vida estaba en la nómina. Desaparecida ésta, se le cerraban todos los horizontes. Fácil es imaginarse «aquellas partidas que ocupaban una fila de mesas en los cafés más céntricos» y el «clamor jeremíaco que ponían los pelos de punta» de cuantos se creían desposeídos «de algo que les pertenecía por derecho de propiedad». Y como no es posible pasar revista a toda la fauna, recordemos al menos al redactor cesante que, consecuente con su papel de víctima, «echaba veneno contra el partido enemigo y dominante... manteniendo en el periódico el sagrado fuego de la indignación contra las ideas y las personas que le habían quitado el pan», al principio durante cuatro o cinco meses, luego un par de años... según fue alargándose la longevidad de los equipos ministeriales (11). Hay que tener misericordia con la sufrida clase de la cesantía, ingrediente de peso en el desasosiego que intentamos rastrear. El que haya vivido en Madrid donde, al decir de un saladísimos poeta festivo, «más de una vez se cierran las puertas del trabajo al hombre laborioso, las de la caridad al mendigo y las de la Academia al sabio», aquilata sin esfuerzo la inquietud que debió de padecer el cesante con sólo conocer *de visu* la escena que de nueve a diez de la mañana se repite en las colmenas de Hacienda y Gobernación. Exceptuando a los abejorros de mucho sueldo, «que siempre van a la hora que les parece, cuando van», los empleadillos penetrarían en los respectivos ministerios con temor. «No es extraño», observa el poeta, «la noche anterior se aseguraba que había crisis. No la he experimentado aún, pero comprendo la sensación que debe recibir el hombre que se levanta temprano y encuentra sobre el pupitre de su mesa el pasaporte para la calle». Pasaporte incluso para el abejorro alto funcionario cuya fórmula epistolar Q. B. S. M., tantas veces displicentemente firmada, no podría ya traducirse por Qué Buen Sueldo Mاما... (12).

Para concretar en dos casos particulares este tan pruriginoso como triste aspecto social del cesante daremos un pequeño salto hacia adelante, sólo hasta

(11) PÉREZ GALDÓS: *Fisonomías sociales*, Prólogo de Alberto Ghirardo (Madrid, Renacimiento, 1923); vol. I de «Obr. Inéditas», págs. 256-268. Páginas desgarradoras sobre el tipo ochocentista del cesante las escribió también Galdós en *Miau*. V. la cuidada edición de Ricardo Gullón (Madrid, Rev. de Occidente, 1957), volumen perteneciente a las ediciones de la Universidad de Puerto Rico.

(12) MANUEL DEL PALACIO: *Letra menuda* (Madrid, 1877), págs. 7, 10 y 37.

el año 69, en que don Manuel Ruiz Zorrilla es ministro de Fomento, uno de los mejores ministros de Fomento que España ha tenido, a pesar de los pesares... (13). De nuevo ruego al lector que tenga la suficiente dosis de cordura para prescindir del acto tercero en la farsa.

Benigno de Linares y Lamadriz, oficial de Fomento en Soria, había dejado de serlo por iracundo plumazo de los serviles del general «Peluca» (14), por lo que escribe donosamente en coplas del momento:

Y volviendo a mi lugar
a ejercer la profesión,
espuesto a más de un azar,
gritaba: «¡Revolución!»
Mis ideas liberales,
condenadas por los neos,
me produjeron solfeos
no de notas musicales.

¿Cómo no solicitar reparación en la injusticia con él cometida una vez triunfantes los que encarnaban sus ideales? Pide, pues, la reposición en su empleo, aclarando:

De ser cesante estoy harto;
volver al servicio quiero.
Si es poco de oficial cuarto,
nómbreme oficial tercero... (15).

El segundo caso lo deducimos de la carta reservada que al mismo don Manuel dirige Baltasar Saldoni, que a los sesenta y dos años se encuentra virtualmente cesante, por obra y gracia, ahora, de los liberales de «La Gloriosa». El ministro, en la emprendida reforma de organismos caducos, acaba de suprimir el Conservatorio de Música del que, durante treinta y ocho años, figurara como profesor de canto el infortunado maestro Saldoni. Y Saldoni, que en realidad no había recibido aún el temido «cese», suplica le sean abonadas las mensualidades que el Estado le adeuda. El atribulado maestro no acude a parientes del propio don Manuel, ni a ministros amigos compañeros del de Fomento, ni a fieles diputados así de la mayoría como de minoría. Acude al mismísimo don

(13) Aunque la afirmación se ha escrito en varios lugares y la he oído de labios de don Melchor Fernández Almagro, más adelante pienso aducir algún valioso testimonio. Quedará por hacer, sin embargo, la completa justicia que merece el varón arrojado poco después a la lucha revolucionaria, con frecuencia alocada, por no decir insensata.

(14) Don Ramón María Narváez, que usaba peluca.

(15) Archivo Ruiz Zorrilla; versos escritos en Potes, y dedicados a don Manuel, el 17 de marzo de 1869.

Manuel recordándole sus méritos: músico oficial, músico privado, autor de un *Diccionario biográfico-bibliográfico de efemérides de músicos españoles* en el que trabajaba desde veinte años atrás con alientos de la Academia y diversos suyos (16). Tan buenos y constantes servicios, ¿serían menospreciados por el ministro, con perjuicio de esposa e hijos, que no contaban, citando textualmente las palabras del maestro, «con otra cosa para su subsistencia que la recompensa a que por mis trabajos he prestado a mi patria»? Le mantenía la esperanza de que se le abonaren los atrasos, se le rehabilitara en su primer destino o se le jubilara con honores de director de la Escuela Nacional de Música. ¡Cuarenta duros mensuales a cargo de la Nación!

EL EMIGRADO

Otro paréntesis habrá que dedicar al pan de la emigración.

La frase ha quedado con matices literarios, pero conviene recordar que nació de una mísera realidad. Y aunque no tuvo su partida de bautismo en el siglo pasado, sino mucho antes, hagamos hincapié en que esa aludida realidad gozó de frecuente y triste actualidad en el Ochocientos. Los caminos del destierro los conocieron todos: moderados y progresistas, monárquicos y republicanos; peones y generales; hacendados, escritores y artistas... Todo por la política, una política teñida de literatura, según nos parece hoy al leer su crónica, incluso cuando la arenga revolucionaria, en las barricadas, se veía segada por las descargas de los esbirros profesionales. Las barricadas..., ¿quién se acuerda de ellas? No tienen hoy valor ninguno. Pero entonces, no cabe la menor duda, «eran un sistema de vida, un propósito de reforma, un reto al poder. El gobierno tenía la *Gaceta*, una parte del ejército, numerosa policía, la guardia veterana, la confianza de la reina» (17). El pueblo, en su más amplio sentido, tenía las barricadas. Y al caer vencido en ellas, sabía lo que le aguardaba: el *Saladero* o la cuerda de presos de Madrid a Cádiz, para el vulgo más o menos innominado; cuartel o destierro, para las personas de viso. Así engrosaba la emigración, que con galas literarias nos describe un periodista notable (18):

(16) «Para poder publicar el primer tomo —la obra ha de constar de unos cinco— tuve que empeñar hasta mis alhajas, según consta en la última hoja del citado tomo primero.» Esto escribe don Baltasar, cuya carta, fechada el 2 de abril de 1869, se guarda en el Archivo Ruiz Zorrilla, como la mayoría de las consultadas para este trabajo.

(17) J. ORTEGA MUNILLA: *Estrazilla. Páginas madrileñas de 1866* (Madrid, Renacimiento, 1917), pág. XVI.

(18) EUGENIO DE OCHOA: *Miscelánea de literatura, viajes y novelas* (Madrid, Bailly-Baillières, 1867), pág. 107.

«Circunscribiéndonos a nuestra España, es cierto que los hombres que más la honran en virtud, en letras y en armas han comido en alguna época de su vida el pan amargo del destierro, esa triste y solemne sanción del mérito en estos borrascosos tiempos que alcanzamos». A nadie extrañará, pues, que acoja el tema en esta amplia galería.

Conviene distribuir en dos categorías a los emigrados —el legítimo y el bastardo— ayudados por la mano guía que los conoció. Empezando por la categoría ruin, la turba parásita y plega vergonzosa de los emigrados pobres concentrados en *depósitos*, ya en Francia, ya en Inglaterra, y al margen de los emigrados con recursos que viven en libertad, sentemos que unos y otros podrían ser simplemente emigrados o proscritos. Tan pronto se establecía un depósito, siempre en lugares poco poblados y de escasos recursos, surgían como por ensalmo, 1.º, un café con billares, 2.º, el garito con barajas españolas. Podía taltar el pan, pero nunca el *mingo*, el *as de oros* y la *copa de ansette*. El juego devoraba el menguado socorro que concedía el gobierno, y explicaba el grado de miseria que alcanzaba a algunos infelices. «Yo he conocido en un depósito, que no quiero nombrar», escribe nuestro guía (19), «siete emigrados que no tenían entre todos más de un roto pantalón y tres chaquetas. Cada uno de ellos se vestía alternativamente un día a la semana, y pasaban los otros seis en la cama». Lo que no se jugaba en un depósito de emigrados no se jugaba en ninguna parte: calcetines remendados, corbatines raídos, botas viejas... La imagen es válida para polacos, portugueses, italianos y españoles, únicos que facilitaban a Francia e Inglaterra sus contingentes de emigrados políticos. Adentrándonos en la existencia no muy divertida del integrante del *depósito*, sabemos que si un rincón español de veinte vecinos se había pronunciado a favor del partido emigrado, la opinión general era que *toda España* se había levantado contra la tiranía... El hambre, probablemente, influía en la *sinécdoque*. Entre el hambre y el cólico se bamboleaba el emigrado, sobre todo el español, que veía trocado su sustancioso puchero por las patatas inglesas o el ético *bouilli* de los franceses. Paradoja incomprensible para el extranjero: las maldiciones no eran óbice para mostrarse resignado en los trabajos, obediente a las leyes y agradecido a los bienhechores... (20).

Pasando al emigrado con familia, lo vemos, generalmente, dedicado a dar lecciones de español o a proporcionar traducciones desatinadas a los editores ingleses y franceses. Es la casa del emigrado con familia «el punto de reunión, por las noches, de todos los emigrados del pueblo, o cuando menos del barrio,

(19) OCHOA: *Ibidem.*, pág. 114.

(20) *Ibidem.*: págs. 115-119.

si se halla en París o en una ciudad grande; allí se forma una verdadera *tertulia*, con su murmuración, sus amoríos, su poquito de mala música y aun de baile de cuando en cuando» (21). Imposible olvidar, en estas tertulias, las mil pestes de la tierra y la gente que les daba hospitalidad... En honor de todos ellos, añadamos que era la lectura fibre apasionada, que les consumía cuando no la satisfacían con libros que hubiese despreciado el rey felón (22), revistas, periódicos o proclamas.

Sobre la vida del personaje emigrado, general como Prim, o paisano como Olózaga, llevo escritas muchas páginas. Permítaseme recordar de nuevo la exuberancia castelarina al reproducir la siguiente anotación de un diario tan animado como mal escrito (23): «Martes 31/diciembre 1872/. Banquete de la condesa de Campo Alange con Ayala y Castelar, que nos dice que en el extranjero echa de menos las estrellas de nuestro cielo, los ojos de nuestras mujeres, los garbanzos de nuestro cocido.» El gran orador gaditano, a quien las vicisitudes de la política hicieron pasar con frecuencia por el fiero tormento de quedarse mudo, conocía entrañablemente el mundo de la emigración —como emigrado y como proscrito—, una vez escapado de las garras de la política, en ocasiones gracias a su habilidad, en otras gracias al apoyo de palacio... ¿Por qué abandonar a Castelar, cifra de toda una época de inquietud y desasosiego? Castelar, que en 1853 rogaba se le permitiera explicar un curso en el Ateneo madrileño (24), en 1887 se gloria de haber deshecho conspiraciones reaccionarias y abatido extremistas insensatos. De sus palabras textuales deduciremos los desvíos del nivel de la balanza a que nos venimos refiriendo, esclarecedores de la continua sangría emigratoria. Escribe nuestro orador: «Escapáronse unos

(21) *Ibidem*, págs., 123-124.

(22) Sabido es que Fernando VII pedía libros, y nuevos, sólo para cortar las hojas. «He aquí una afición peculiarísima», escribe el cronista del rey tan sagazmente retratado por Goya. «En su forzada impotencia, pide libros: dos tomos voluminosos e inéditos. No es para leerlos, sino para esgrimir la plegadera, su arma favorita, por gusto de *despegar hojas*. En las *Memorias* del marqués de las Amarillas, su ministro de la Guerra el año 1820, le pinta, conllevando los aburrimientos de las horas de despacho, despegando las hojas de los libros nuevos.» JUAN F. ARDÁZUN: *Fernando VII y su tiempo* (Madrid, Ed. Summa, 1942), pág. 242.

(23) CONDE DE CASA VALENCIA: *Interesantes recuerdos históricos, políticos de España y varias naciones de Europa y América* (Madrid, Fortanet, 1908), t. II, pág. 79.

(24) En la entrada del 8-IX-1873, escribe el Conde de Casa Valencia (*ibidem*, pág. 113): «Hoy Castelar del Gobierno es jefe. Hace veinte años, en 1853, vino a mi casa a rogarme con encarecimiento que pidiera al marqués de la Vega de Armijo, secretario del Ateneo, que él pudiera explicar un curso en aquella científica Corporación, pues de lo contrario su porvenir, después de haber trabajado tanto, careciendo de recursos, sería una cátedra de literatura, con 6.000 reales, en obscuro instituto de provincia.»

seis sargentos de las prisiones militares, lo cual prueba cómo se halla el ejército. La disolución del zorrillismo, completa. Mathet mismo lo ha dejado en una epístola, que se asemeja de suyo a la epístola de un suicida. Salmerón, excomulgado; Azcárate, pronunciando un discurso posibilista en León. Muro y los suyos, fugitivos... No quiero pintarte mis angustias. Ya sabes cómo los asuntos públicos me interesan casi tanto como me interesan poco los asuntos privados. Gloríome de haber, con Cristino, deshecho la conspiración reaccionaria, y creo el verano tranquilo si Zorrilla no hace una barbaridad... Por lo demás, Cánovas, huído y casado; Zorrilla, impotente; Salmerón y Pí, muertos; Martos y Montero, sometidos de grado o por fuerza; las disidencias de Vega Armijo y Gullón, acabadas con emplasto de presupuestos; nosotros, por ley de nuestro proceder, cada día más benévolos, concluída la coalición republicana; los sueltos, como Carvajal y otros, disueltos...» (25). Larga ha sido la cita, pero la necesitábamos para penetrar en esa atmósfera, enrarecida y tonificante al mismo tiempo, que dio vida a nuestros abuelos.

Volviendo a la condición de desterrado —puntalicemos, proscrito—, fácil es imaginarse la inspiración versificadora que provocaría en aquellos decenios de pasión política y retórica. Escribo versificadora, y no poética, para no rebajar, en muchos casos, el último vocablo. Corresponden los versos, no obstante, a sentimientos de indiscutible nostalgia y pesar sincero. Tengo a mano unas largas estrofas de Emilio García Ruiz, escritas en París el 6 de julio de 1867, como quien dice, a las veinticuatro horas de una de las fracasadas intentonas revolucionarias acaudilladas por Prim. A los proscritos, compañeros de infortunio, las dedica (26):

¡Proscrito! ¿Qué eres tú? Flor trasplantada
Del jardín de tu casa a otras regiones
Ingratas para ti, de sol privada
Y siempre combatida de aquilones.

Al proscrito le falta el aire de la hermosa España, se le convierte en canosa la negra cabellera por la vejez que el dolor, velozmente, le atenaza. Y le apostrofa:

¿De qué te sirve el anchuroso mundo
Sin ver tus lares y tu patrio suelo?

Pero la fortaleza moral le impide caer en lamentaciones, rechazando el so-

(25) *Correspondencia de Emilio Castelar, 1868-1898* (Madrid, Rivadeneyra, 1908) Cartas a Adolfo Calzada de 7 de enero, 6 de julio y 1.º de noviembre de 1887; págs. 201, 204 y 205, ob. cit.

(26) Archivo de don Manuel Ruiz Zorrilla, La Pileta, Villajoyosa (Alicante).

metimiento servil a una reina impura. Y el incoercible optimismo le hace confiar en un regreso venturoso:

Yo espero entrar en mi valiente España
Cual bajel en el puerto, viento en popa,
Barrer la lepra que la afea y daña
Y elevarla a los ojos de la Europa.

La duda le corroe de cuando en cuando, mientras no se repite que dudar es cobardía. Como está harto de miseria, injurias y ansiedad, anhela escuchar pronto

La trompa altiva, que a la lid provoca.

No renuncia a ganar la España y abandonar la proscripción, pero sin cadena, pues le alienta el convencimiento de que

¡Es, sí, inmortal la libertad bendita!

Si el hacer recuento y ostentación de las estrofas de verdadera poesía inspiradas por la emigración nos llevaría tiempo (27), el perfilar las características de la emigración política de nuestros días ocuparía el espacio que reservamos para obra de mayor empeño. Quede aquí constancia y compromiso.

JADEANDO, A LA CARRERA

Volvamos al galope que se oía resonar en los cuatro vientos levantados, en estas fechas, fuera de las fronteras de España, por soplo de los emigrados pobres y ricos, libres, concentrados bajo vigilancia o en zozobra perenne por la persecución de que eran objeto. He aquí, contado por Paco Mentemar que lo conoció, ese vivir en zozobra a que me refería (28): «No puedo encabezar mi carta con nombre de pueblo ni villa, porque ni en villa ni pueblo resido, gracias a los aires que por aquí corren. Tengo, sin embargo, tres residencias y varío y estoy cuatro o cinco días, ya en una, ya en otras y siempre preparado para que el dueño de la casa pueda contestar que no tiene huéspedes, que el señor que

(27) El exigente escrúpulo de no hacer afirmación ninguna sin nota testifical me obliga a señalar aquí, por vía de ejemplo, las estrofas dedicadas por Espronceda al desterrado y al proscrito, escritas en el año 1827 por el poeta, emigrado entonces en Londres. V. *Obras Completas de D. José Espronceda* (Madrid, Bibl. de Aut. Españoles, continuación t. LXXII, 1954), edición, prólogo y notas de Jorge Campos.

(28) Archivo Ruiz Zorrilla, carta del 12-III-1868.

han visto salir (si me ven) es un amigo que reside en Bayona y que tiene la costumbre de pasar algunos días de la semana en el campo. Así consigo que nadie me dé orden ninguna para abandonar este punto, que es lo que hay que evitar. Como no llevo conmigo más que mi paraguas, papel, sobre y dos libros y por apéndice jabón y peines, no llamo la atención con maleta ni saco, y acostumbrado ya a esta vida nómada, porque el hombre se acostumbra a todo. Donde me coje escribo y echo las cartas en el punto inmediato como me sucede hoy. Y tengo un compañero de desgracia que recoge mis cartas en Bayona, sabe donde estoy, y cuida de traérmelas. Algunos días en la semana veo a nuestro Dominicus, y esos días damos nuestros paseos, sacamos veinte veces el compás y cansados de echar líneas nos separamos hasta otro día. A lo que no puedo acostumbrarme es a vivir sin la familia y hay momentos, y esto me sucede todos los días, en que se abate mi espíritu. A pesar de las muchas ocupaciones, cuando estaba en Madrid, nunca dejaba de dedicarles algunas horas, de cuya regla nadie me separaba. De ahí el que tenga tan mimadas a mis hijas, y de que las pobres y su madre lloren un poco todos los días al recibir mis cartas y también cuando no las reciben. Y yo, si no lloro al pensar en ellas, te aseguro que me falta poco. Las he proporcionado durante mi vida muchos momentos de llanto, su madre empezó a sufrir desde la noche del 26 de marzo del 48, que la pasé fuera de casa siendo éste el primer suceso en el que tomé parte, viviendo luego escondido un mes en El Escorial. Después han participado las hijas de todo lo demás que ha sobrevenido. *Los hombres políticos no deben casarse.*

Pero si la zozobra tenía sus ribetes de aventura para el emigrado, la pobreza era desgarradora en la península. El marqués de Perales, aunque liberal nada sospechoso de demagogo, escribe a este respecto (29): «El año es atroz de miserable y no sólo no se cobran las rentas, sino que le reparten a uno en los pueblos los trabajadores sin que tenga uno otro remedio que mantenerlos, en primer lugar porque obligan y, además, porque se mueren de hambre. Todas estas circunstancias me tienen en muy mal estado de intereses, malísimo, y en gran desasosiego de ánimo en términos de afectar mi salud.» Para aventar definitivamente estas situaciones y después de una reiterada tanda de pronunciamientos y sublevaciones con frecuencia sangrientos, amén de un intenso juego de conspiración en que se barajan compromisos de caballerosidad y sutilezas de espionaje con complicadas claves cifradas (30), en septiembre del repetido:

(29) *Ibidem*, carta del 25-III-1868.

(30) Enumeraré algunas que tengo delante: clave azul E...: para cifras, con números sin valor para intercalar (letras y cifras); clave azul E::: para descifrar con números sin valor para intercalar (*ídem*, *ídem*); E::: 1.ª clave azul para cifrar A-Z (cifras y su significado); E::: clave grande (*ídem*, *ídem*). De esta última, larguísima, especificaré algunos elementos de viso: 1-artillería; 2-armas; 3-arsenal; 5-aceptar legalidad común; 8-atravesar frontera; 202-buque de guerra; 204-buque blindado; 204-Bismarck; 219-Bélgica;

año de 1868, sale de Inglaterra, a bordo de un navío, «una orquesta completa—piano, arpa, cornetín de pistón—», puntualiza el informante, añadiendo: «por supuesto, con los que los tocan y nosotros tan campantes nos vamos con la música a otra parte...» (31). ¿Dónde sino a España? Una serie de telegramas cursados por la *Submarine Telegraph Company*, *The Electric and International Telegraph Company*, la *British and Irish Magnetic Telegraph Company* y *The London and Provincial Telegraph Company* jalonan la travesía con sus comunicados preanuncio del éxito: «Bateau arrivé —All wright», «En route—All well», «Bateaux arrivés attendus ce moment— Bien des extraordinaires:—Tout est prêt ici— J'enverrais messenger à dernier heure...».

Y triunfó la revolución cuyos episodios me han hecho escribir muchas páginas. Desaparecieron del escenario personas, instituciones y cosas mil. Una de las que persistieron fue la pobreza, acompañada nuevamente de tristeza, inquietud y malhumor. «Hay mucha miseria», escribe don Juan Valera a su mujer, en Madrid, el 26 de septiembre. «Los mendigos asaltan a uno en las calles pidiendo limosna, y se ven además muchos soldados y guardias civiles. Mi papel en todo esto es el más fácil y cómodo, pero al mismo tiempo el menos productivo. Yo no tengo más papel que el de nuevo espectador. Me alegro, con todo, de haber venido a fin de asistir de cerca al espectáculo...» (32). Durante meses—veinticuatro, treinta y seis...— los figurones se encargan de soterrar las manifestaciones que no permiten el apoyo de la trompa o siquiera del cornetín. Como de uno a otro promontorio, de una a otra ensenada resuenan las voces, repercuten los gestos y alteran el pulso las emociones que restallan en las cortes españolas, importa saludarlas aquí, aunque sea con brevedad (33). Un gran periodista del pasado siglo (34) consigue sin esfuerzo aparente caracterizar a nues-

245-Baldrich, capitán de infantería Albuera; 303-correspondencia; 304-carlistas; 312-caballería; 313-carabineros; 317-Cánovas; 334-Cortes; 452-Claret... Por lo que antecede se percatará el lector de lo complejo de las relaciones mantenidas por los conspiradores en activo y... en el busilis, abundando las cartas firmadas con clave; ejemplo, L - 60 - 9, con puntos entre corchetes o con motes de zarzuela, a todas luces seudónimos; por ejemplo Bernarda. De todo ello hay copiosa colección en el Archivo Ruiz Zorrilla.

(31) La carta, fechada el 6 a las siete y cuarto de la tarde y a la altura de Dover, lleva las iniciales J. P., que interpreto por Juan Prim, aun cuando la letra no es de su mano. Pero sí recuerda el texto la sin par desenvoltura y humor del general (Archivo Ruiz Zorrilla).

(32) *Correspondencia de don Juan Valera (1859-1905). Cartas inéditas, publicadas con una introducción de Cyrus C. De Coster* (Valencia, Castalia, 1956), pág. 43.

(33) Me he detenido en ellas —hasta una próxima y más dilatada ocasión— en mi *Oratoria política y oradores del Ochocientos* (Bahía Blanca, Univ. Nacional del Sur, 1960).

(34) JULIO BURELL, en el prólogo a la obra de FRANCISCO FLORES GARCÍA: *Recuerdos de la revolución. Memorias íntimas* (Madrid, 1913).

tros más que tremendos abuelos en el hemiciclo donde se entablan incruentas y famosas batallas dialécticas.

Nos certifica el periodista ilustre el ocaso sin fin de Olózaga y de Posada Herrera, hundidos en siglos, no en días de un próximo pasado. Nos acerca a Castelar volando «de una parte a otra de España como un Moisés joven coronado de rayos de sol». Nos alerta sobre la semilla verdaderamente revolucionaria que alienta en Pi y Margall, «despreciador del aplauso, incapaz de retórica sonora y multicolor, diciendo las cosas más terribles con el ademán sobrio y el acento demostrativo de un matemático». Guiados por el espíritu sutil que conoció a estos hombres de una España estúpidamente calificada de atónita, advertimos la presencia de «la autoridad y la gracia señorial» de Figueras, ducho en fijar posiciones, incorporar amigos y desarmar adversarios. Sonreímos al percibir la gramática parda de Orense, el grande metido a demagogo. Se despierta nuestra curiosidad ante «el talento sólido y hecho de Palanca, el genio mordaz de Sánchez Ruano, la amena sabiduría de Benot, el juicio de Moreno Rodríguez, la elegancia de Abárzuza, el ímpetu de García López, la ciencia jurídica de Gil Bergés, el convencimiento ardoroso de Díaz Quintero, la austera ideología de Cala, la cultura de Adolfo La Rosa, el prurito batallador de Serrallara...». Como de pasada, el periodista nos señala la pluma emocional de Roque Barcia, la mal cortada de Fernando Garrido; un obispo todo unción, Monescillo; un cardenal todo *Syllabus*, Cuesta; un canónigo, Manterola, que «chispea como acero y arde como pólvora». Sotanas que rozan sin sobresaltos la levita atea de Súñer y Capdevila. Y sin cansancio, conducidos de la mano de nuestro cicerone, vamos de la indolencia de Ayala a la juventud conservadora —Manuel Silvela, Elduayen, Navarro y Rodrigo, Alvarez Bugallal, Moreno Nieto, Juan Valera, Pedro Antonio de Alarcón...— para detenernos en Cánovas, joven aún, pero haciendo la primera siembra de la Restauración «con la franca entonación del hombre de Estado». Saludamos a don Antonio de los Ríos y Rosas, orador de guerra civil «buscando incansable una nueva verdad para llamarla ramera y un nuevo poder para llamarlo tiranía». En este areópago a cuyas sesiones asistimos en espíritu sobresalen por su brillantez Martos, Moret y Echegaray; por su doctrina, Montero Ríos; por sus dotes de persuasión, Gabriel Rodríguez y Romero Girón; el duque de la Torre, por su cargo; Ruiz Zorrilla, por su carácter; Sagasta, por su acometividad; Nicolás María Rivéro, por la autoridad de su persona (35).

«Hay una figura que se sobrepone a todos», escribe el autor de estas vívidas semblanzas, que no logro, ahora, compendiar. Refiriéndose al alma cesárea que fue Prim, a quien Madrid no ha concedido aún los honores de un monumento después de haberlos prodigado a tanto militar —chiquito o no—.

(35) *Ibidem*.

añade: «No es orador y es un señor de la palabra. Habla a voluntad; dice lo justo, lo necesario y en el momento que debe. Deja pasar las provocaciones sin que se le alteren un músculo en el rostro ni un detalle en sus proyectos. Aparece en todos los hogares españoles con una bandera en la mano, cabalgando como un nuevo Santiago sobre un mar de cabezas moras, y en el Congreso es la imagen de la quietud y de la prudencia. En los Castillejos, su actitud es de una belleza fantástica. En el banco azul, su aplomo es de un estadista a la inglesa. La palabra sale premiosa, incorrecta de sus labios. Parece como si tradujese, con gran trabajo, del francés —que hablara en las largas emigraciones— y del catalán, que vive en su espíritu y que empleó como un himno al dirigirse a los voluntarios de Africa... Y a pesar de ello, el tono es siempre elevado y aristocrático; el movimiento de sus declaraciones, ceremonioso; la impresión, de autoridad. En su corazón no hay junturas. En sus respuestas no hay intersticios por donde escape la ira. Está dentro, sorda y contenida; se la adivina, se la sospecha; a veces se la ve asomar; pero Prim triunfa de ella, y con un gesto amable y tolerante rechaza de sí cuanto pueda dar nota de baratería a su valor, de dictadura soldadesca a su jerarquía. No pierde nunca el equilibrio» (36).

La resonancia de los tan variados instrumentos orquestales del parlamento llagaba, hay que repetirlo, a los más apartados rincones de la península, cuyo pulso no era, ni mucho menos, mortecino. De exaltar los espíritus se encargaban a menudo, por estas jornadas heroicas, «los bebedores de sangre», según la gráfica expresión de Sagasta. Señalemos un foco de iracundos protestones, y los llamo así, con templanza, para no plagiar a un discreto progresista de la época, Amadores Solís, que desde la tacita de plata —Cádiz, por fama milenaria— calificaba de «caverna de terroristas», «salvajería gaditana» y «hordas de beduínos» a los federales que, a partir de estas fechas tremebundas, habituáronse a cruzar con mano airada la mal llamada tierra de María Santísima. ¿Jefes de estos «hijos bastardos de la revolución de Septiembre»? (Otra frase de Amadores Solís). Los relaciona el informante: «Cala es falansteriano; Garrido, no hay que decirlo; La Rosa oyó hablar de Considerant y para él es un oráculo... *et sic de caetera*, menos de Salvochea, que es un alma enfangada en la inmoralidad y el vicio...» El juicio es duro, y si hubiesen entrado en mi propósito las disquisiciones a que tan inclinados se sintieron los arbitristas políticos de los últimos veinticinco años, probablemente me vería obligado a hacer distingos. Vaya la relación anterior como dato concreto, simplemente, integrado en la resonancia aludida al comienzo de este párrafo, y con la aclaración de que con esos hombres convivían otros de playas y lengua muy distantes, ahora

(36) *Ibidem*.

—este ahora preñado de incendios—: «el profeta» José Nín y Tudó. Catalanes y andaluces, colaboradores en el brusco despertar del socialismo español... (37).

¿A quién echar la culpa de estas demasías? Si a las doctrinas de que se hacía propaganda, atestigüemos que eran éstas muchas las que tendría que sobrellevar su parte de responsabilidad en los incendios, empezando por las que armaban los trabucos de los curas belicosos del carlismo. Si a los hombres, habría que descubrirse ante los muchos, también, que con la mejor voluntad del mundo quisieron estructurar una España libre de corruptelas y camarillas. Y de engrandecerla, con la meta puesta, por ejemplo, en la fusión con Portugal..., idea fija de hombres de buena fe, tan enraizada en algunos como rechazada o desdeñada por los propios portugueses (38). ¿Cómo coronar el edificio? La pregunta se la hacían *todos* los españoles y las respuestas echaban leña a la crepitante hoguera en que, para maravilla de Bismarck, aquéllos *no* se consumían ¡El príncipe de Coburgo! Clamaba Miláns del Bosch, espada al servicio de la de Prim en treinta años (39). Ahogando este y otros clamores —el de Génova y el Hohenzollern, don Carlos, el de Saboya y don Alfonso...— se alineaban los que *Venga rey o venga Roque* (40), anhelaban sanear la nación, y los que, inflamados por la joven democracia, poblaban de fantasía las realidades presente y futura. Fácilmente se habrá comprobado que sea en un sentido o sea en otro, la palpitación de la biología ochocentista del tercio que nos ocupa —hasta ahora por lo menos— es, perennemente, anormal. La normal es, reiteremos, la inquietud, el desasosiego.

A la desazón social política del español de la época contribuyó la exuberancia castelarina. Artista en su género, los compatriotas aplauden siempre sus espectaculares intervenciones en las Cortes. Incluso los que le niegan y le comba-

(37) Archivo Ruiz Zorrilla, carta fechada en Cádiz, el 19-VI-1869.

(38) Y dejamos al margen el pensar y el sentir de los españoles ilustres, que tuvieron siempre menguado concepto de los portugueses. Uno de los que más se destacaron en esta posición es don Juan Valera; pero de su inquietud, compartida por Pereda y Menéndez y Pelayo, para citar otros dos españoles ilustres, nos ocuparemos más adelante. Certifiquemos aquí, en estas horas en que se cree alcanzar con la mano la Unión Ibérica, la calidad de sueño y no de realidad que reviste la tal Unión. Don Benito, buen conocedor de la trastienda, escribiría veinte años después sobre la «animadversión y desapego» de Portugal hacia España. Afirmaría que «el portugués considera al español, sin ninguna justicia ni razón, como el más temible de sus enemigos», y que el sueño de la Unión Ibérica era, para los portugueses, «una verdadera pesadilla». PÉREZ GALDÓS: *Política española*, Madrid, Renacimiento, 1923), vol. IV, t. II «Obr. Inéd.», págs. 121-123. Digno de consulta es el informe de FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS: *Mi misión en Portugal* (Madrid, s. a.), como testimonio de persona que pudo hablar de lo que conocía.

(39) Archivo Ruiz Zorrilla, carta 31-VIII-1869.

(40) Versos de Benigno de Linares y Lamadriz, dedicados a don Manuel Ruiz Zorrilla, en Potes, el 26-XI-1869 (A. R. Z.).

ten con menos retórica, pero más sensatez. Los cronistas de la época nos permiten asistir con poco esfuerzo imaginativo a una de aquellas intervenciones castelaranas, que no sólo encendían el pecho apasionado de nuestros abuelos peninsulares, sino que avivaban hogueras del Plata o Río Grande del Norte. Tras la entrada en el recinto de los maceros, el presidente y los secretarios, los diputados irrumpían en tropel..., excepto Castelar, que llegaba el último, para que todos se fijaran en él. Llegaba cargado de papeles, enfundado en su abrochada levita, oreando a izquierda y derecha su poblado bigote, mirando sonriente tras los cristales de sus quevedos. Con calculada lentitud, subía hasta la presidencia para anunciar su interpelación, aceptaba un caramelo, se atusaba el mostacho y subía, finalmente, a su banco, en lo más alto de la izquierda, para que se viera mejor su breve estatura. Un portero le dejaba sobre el banco una bandeja con cuatro vasos de agua de naranja o de limón y, a poco, arrellanándose en su sillón y sonando la campanilla de los apuros... anunciaba el presidente: «El señor Castelar tiene la palabra».

El auditorio, al decir del cronista (41), se movía como agitado mar para caer luego en silencio religioso y atención profunda. Y se oía la voz de Castelar. Una voz atiplada, de timbre femenino, que en la tribuna lograba transformarse en «clara, violenta, armoniosa, igual». Una voz de la que se escapaba en ocasiones «más de un gallo despiadado y sin entrañas», que se apresuraba a excusar el gaditano diciendo que estaba costipado. Pese a estos defectos, entre los que cabía registrar el uso y abuso de frases hechas, era Castelar el mejor orador del mundo, aunque Cánovas, Martos, Figueras y Sagasta le aventajaban en la oratoria parlamentaria. ¿Cómo describir el efecto de su palabra? Habría que acudir a la historia y a la filosofía, a los encantos de la poesía y a las maravillas del arte, al vigor y a la pureza de dicción, a la facilidad y a los apóstrofes, a todos los recursos usados por los más sobresalientes oradores del mundo antiguo, los guerreros y sagrados de los tiempos medios y los del mundo moderno. ¡Y qué bien lo decía todo, exclama el contemporáneo, no sin reconocer que, de tarde en tarde, sufre caídas propias de cómicos! «El mismo está enamorado de su palabra. A veces no puede contener el orgullo que hace del efecto que produce instantáneamente su palabra, y las situaciones más serias las echa a perder. Un día trazó en los Constituyentes de 1869 el cuadro pavoroso de Maximiliano fusilado, de Carlota demente. La cámara estaba estupefacta, asombrada, atónita. Le parecía ver la realidad, creía tener allí en el hemicycle, el cuerpo yerto y ensangrentado del uno, la imagen triste y desdichada de la otra... Concluye el orador su párrafo; los diputados aplauden... ¡Castelar ríe!...» En aquella sonrisa inoportuna desbarataba el pasmo despertado por sus

(41) CAÑAMAQUE: *Los oradores de 1869* (Madrid, 1879), págs. 48-52.

ademanes nerviosos, su memoria olímpica (42) y la prodigiosa transfiguración de su voz.

En el fracaso de la candidatura del duque de Génova, España volvía a ser España, derramada en las delicias de la crisis. «Las crisis, mentira parece, pero es verdad. Las crisis son en Madrid lo que las fiestas de los santos titulares en los pueblos. ¡Qué animación! ¡Qué movimiento!», exclama el cronista (43). Andaban las casas revueltas. Las señoras de los que ya habían sido ministros sacaban el uniforme y lo husmeaban para comprobar que no estaba apollillado. Las de los que aspiraban a serlo se olvidaban de todo para informarse y vivían, junto a la puerta, en continua fiebre. «Y no es extraño, hemos llegado a una época en que puede muy bien un ciudadano salir de su casa hecho un simple particular y volver a ella hecho todo un ministro o con la cabeza agujereada por la bala de algún fusil liberal o reaccionario manejado por imprudentes manos...» Gritaban los ciegos: «Esto se va, ahora sí que se va..., ya se va y no vuelve...» Lo que se mantenía incólume era la expectación por lo que sucedía en las Cortes. Ocasión ruidosa la promovida por los republicanos pidiendo la exclusión de los borbones. «Desde las seis de la mañana —informa el agudo comentarista (44)— había gente esperando a que se abriese la tribuna pública. Empleados, banqueros, señores, señoritas, todo Madrid salió de sus casillas y renunció al hermoso sol que hacía, por asistir a la dramática sesión en que Castelar iba a poner en un aprieto al ministerio...», presidido, y dominado hasta cierto punto solamente, por Prim. La disciplina y lealtad del general a unos principios de equilibrio y moderación admirados en el exilio se desmoronaban ante la efervescencia continuada de sus compatriotas. El cronista ponía en boca suya las palabras que siguen, fiel y triste reflejo de la situación en la gran cuestión del coronamiento del edificio (45): «Somos ocho ministros, y entre los ocho tenemos tres opiniones sobre la cuestión de rey, lo cual prueba que no es, o por lo menos no debe ser, cuestión de gabinete, puesto que si lo fuera lo que hablamos en los consejos se parecería a la música de Wagner, que no la entiende ni su mismo autor. De los ocho, uno, y ese soy yo, opino que el rey que debe venir a España es el que elija la mayoría de la Asamblea; otro, que es el señor

(42) *Ibidem*. Descubramos como secreto que don Emilio no gustó participar sino a contadísimas amistades, el origen del período «Grande es Dios en el Sinaí...» El final de su famoso discurso lo tenía escrito en la novela *Ernesto* (Madrid, 1855), y, mejorado, lo lanzó a la voracidad sentimental de sus contemporáneos. (V. el artículo de JOAQUÍN MONTANER: *Castelar, en la catedral* (Madrid, «ABC», 20-IV-1955).

(43) Este, JULIO NOMBELA, en *La Ilustración Española*, 10-I-1870.

(44) *Ibidem*.

(45) *Ibidem*.

Topete. cree que el mejor candidato es el duque de Montpensier, y los seis restantes no creen nada.»

Los ánimos, prestos a caldearse con el menor acaecimiento, encuentran pasto en los de carácter violento que se suceden en el ambiente agitado que se masca con sibaritismo suicida. El drama entre el duque de Montpensier y el infante Enrique de Borbón, fatal para este último (46), explica el recrudescimiento del odio hacia los unionistas. Los radicales propugnaban «una limpia general de tan mala yerba» (47). Pero lo cierto es que el tiempo apremiaba y, ante el mal éxito de los candidatos hasta entonces propuestos, el pragmatismo de los que, por encima de todo, colocaban «el porvenir de la patria y el triunfo definitivo de la revolución» les impulsaba a no mostrar vacilaciones ante el candidato prusiano. Prim y el Regente tenían que ponerse de acuerdo para sacarlo adelante. De lo contrario, perdida la última carta que la revolución se jugaba, venía el caos, es decir: «Alfonso y la reacción; Orleans y el doctrinarismo; o la república y un nuevo Méjico» (48). Desde la comandancia general de Navarra, Domingo Moriones escribe: «La candidatura del príncipe Leopoldo fué recibida con entusiasmo por los amigos de primera, con reserva por los de segunda, con indiferencia por los de tercera y, como era natural, con descontento por nuestros enemigos, cualquiera que sea su color político» (todo color que no fuese el radical). Captamos, sin embargo, una unidad de miras por sobre las diferencias de color: animadversión hacia Francia. Los desafidores discursos en el cuerpo legislativo francés habían hecho popular la candidatura del prusiano entre los radicales, algunos de los cuales —un batallón de cazadores— acababan de pedirle «el alto honor de disparar el primer tiro contra sus enemigos, y mucho mejor si éstos eran los franceses»... Y a los carlistas se les había oído decir: «Antes que dar gusto a Francia, que venga Leopoldo»... La ansiedad del general Moriones —por las demasías que de continuo provocaban los demagogos— las refleja, por un lado, advirtiendo que Prim no podía abandonar ni el Ministerio de la Guerra ni la Presidencia; por otro, suplicando le comuniquen cuanto antes si se contaba o no con suficiente número de votos para el candidato (49).

La candidatura naufragó por razones que suponemos conoce el lector avisado. Otro periodista ilustre (50) se felicita de la coyuntura que se le había

(46) V. exposición del mismo —del 7 al 15 de marzo de 1870— en PIERRE DE LUZ: *Los españoles en busca de un rey* (Barcelona, Juventud, 1948), págs. 115-120.

(47) A. R. Z. Carta del marqués de la Florida, 9-IV-1870.

(48) A. R. Z. Carta de Echegaray, julio de 1870.

(49) A. R. Z. Carta fechada en Pamplona el 12-VII-1870.

(50) Andrés Borrego, carta de París, fechada el 18-VII-1870 (A. R. Z.). Consiguió Borrego que le nombraran, como sugería en su carta, enviado extraordinario de las operaciones de la guerra franco-alemana, por lo que habrá que rectificar la afirmación de

presentado a España de zafarse del conflicto que se empeñaba «entre las dos primeras potencias militares del continente». Se ofrece al presidente de las Cortes para seguir de cerca las vicisitudes guerreras. Su cargo de historiador del Parlamento español le obliga a ello, de no considerarse incompatible. Lo que le atosiga es alertar al gobierno para que, en adelante, obrara con cautela, pues, desconocido el resultado de la contienda, convenía a España no malquistarse con ninguna de las dos naciones. Las simpatías por Prusia debían aminorarse, vista la mayor vecindad que se tenía con Francia. En uno u otro caso, los sucesos del conflicto directa o indirectamente tenían que influir en todos los países civilizados (51). No iba errada la observación. Cruzadas las armas de las dos potencias occidentales, y barruntando el fin, no se le ocurre nada mejor al cronista de la mejor revista española de este decenio (52) que reconocer la estrecha dependencia —vasallaje casi— de España con respecto a Francia. «El motor de nuestra máquina estaba en París. Herida de muerte la Francia, cercado París por los prusianos, las consecuencias de la guerra son desastrosas para España. El dinero que funcionaba allí se ha replegado, y hay abundancia de metálico en España. Pero ¿qué es el dinero si no lo multiplican el talento y el trabajo?» El escarabajeo de la tradicional incapacidad —o desidia— de los españoles en el terreno utilitario, hace escribir al periodista: «Los almacenistas de papel extranjero no pueden renovar sus géneros; los dueños de las bisuterías no reciben las novedades que hacían su fortuna; los sastres y los modistas no tienen figurines que ofrecer a la elegancia española; todos los comerciantes que dependen de la industria francesa, todos los industriales de España que emplean productos franceses como base de sus operaciones fabriles, están desesperados, y hoy comprenden que hemos debido ser menos políticos y más trabajadores, menos franceses y más cosmopoli-

ANDRÉS OLIVA-LÓPEZ, en su *Andrés Borrego y la política española del siglo XIX* (Madrid, Inst. Est. Polít., 1959), pág. 182, que le supone exilado en París por estas fechas. La observación y reflexiones en torno a la guerra franco-prusiana las expuso posteriormente en su *Diario del sitio de París. Historia de la guerra en general y en particular de los sucesos acaecidos en dicha capital desde la caída del Imperio hasta la capitulación de la misma* (Madrid, 1874).

(51) Aunque la afirmación es válida para todo el curso de la historia, nadie negará que las consecuencias tienen, en el mundo contemporáneo, un ritmo acelerado que antes tardaba en registrarse. Al volumen de H. HAUSER, J. MAURAIN, P. BENAERTS, F. L'HUILLIER: *Du Liberalisme à l'impérialisme, 1860-1878* (t. XVII de la Col. «Peuples et Civilisations»); París, 1952) importa añadir aquí los dos tomos de PIERRE RENOUVIN: *Le XIX^e siècle*. I. *De 1815 à 1871, L'Europe des nationalités et l'éveil de nouveaux mondes* (París, Hachette, 1954), y *Le XIX^e siècle*. II. *De 1871 à 1914, l'Apogée de l'Europe* (París, Hachette, 1955), ambos, V y VI de la Col. *Histoire des relations internationales*, dirigida por el propio autor, profesor de la Sorbona y miembro del Instituto de Francia.

(52) NOMBELA, en *La Ilustración Española, 15-X-1870*.

tas» (53). El cronista, que despiadadamente sintetiza la dominación ejercida por Francia sobre los españoles en la literatura, la legislación, el arte, el lenguaje, el comercio, la industria y las costumbres, se pregunta si llegará un día en que tal vasallaje desaparezca. ¡Y todo por la política, esa maldita pasión política que corroe el alma de sus conciudadanos! Sin embargo, por una de aquellas paradojas connaturales de los españoles, no había en Europa una capital más alegre, más espléndida, más animada que Madrid. «Madrid, sólo Madrid goza y ríe y está en continua fiesta», escribe, exultante, el mismo cronista tres semanas después (54). Y para corroborarlo puntualiza: «El metálico abunda. El abono del teatro de la Opera asciende a un dineral; los demás teatros están llenos; no bastan los que existen, y se disponen a abrir sus puertas dos nuevos coliseos: uno en la calle de la Libertad, otro en la calle de Santa Brígida; aún no hay los suficientes, y una capitalista manda a pedir a Londres un teatro de hierro. El café Fornos llena sus libros de números y sus cajas de dinero; no hay en las fondas ni en los hoteles habitaciones vacías; las casas de huéspedes fomentan la familia y practican la fraternidad colocando dos o tres camas en cada alcoba; en los paseos se ve un lujo fantástico; sobre los cocheros de plaza llueven propinas; las tiendas sacan sus reservas y venden como producto de la última moda de París — ¡la moda de París, qué sarcasmo! —, venden, repito, los géneros atrasados y los de difícil colocación.»

Que la situación no podía pintarse con tan risueños colores lo apunta el mismo cronista al mencionar, con la sátira que le distingue, los dos vecinos que desde elevados balcones se habían arrojado a la calle. Acumulando tintas negras, diremos que Núñez de Arce tenía ya escritas sus prevenciones hacia las muchedumbres incontroladas (55):

No esperéis, no, que la confusa plebe,
como santo depósito en su pecho
nobles instintos y virtudes lleve.
Hallará el mundo a su codicia estrecho,
que es la fuerza, es el número, es el hecho
brutal, ¡es la materia que se mueve!

Los «voluntarios de la libertad», y especialmente los federales, a partir del pacto celebrado en Tortosa el 18 de mayo de 1869 (56), provocaban feroces

(53) *Ibidem*.

(54) *Ibidem*, 5-XI-1870.

(55) *Gritos de combate* (Madrid, 1875), pág. 80.

(56) Dos observaciones en torno a estos famosos pactos. Por la primera, registraremos que, en todos ellos, las provincias declaraban «que en manera alguna se entienda por esto que pretenden separarse del resto de España». Por la segunda, la fe ciega en un triunfo a la vista, como los pagarés extendidos por los directorios republicanos semejantes

sacudidas prontamente reprimidas por Prim. Los carlistas, batidos también y no sin sangre, se levantaban por las dos Castillas, León, Valencia, el Maestrazgo, Aragón y Cataluña. El presidente de las Cortes, don Manuel Ruiz Zorrilla, para acallar «el jolgorio parlamentario», rompe la provisión de campanillas de plata y proclama al duque de Aosta con una de latón (57) frente a todas las opiniones que se cerraron contra la votación, en memorable fecha de noviembre de 1870 (58). Estas oposiciones incitan a preguntar si había a la sazón en España algún rincón donde la tolerancia y la libertad no se vieran interrumpidas, según aseguraba Cánovas pocos días después de la precedente sesión de Cortes (59). En el drama de la historia que vivía España, el propio Cánovas reconocía lo difícil que resultaba para los pueblos latinos aprender a ser libres. ¿Aprenderían también a ser escépticos? (60). Los hechos nos hablan del brindis de Ruiz Zorrilla en la nave capitana que, de Cartagena, marchaba a Génova en busca de un rey ideal (61). A una radical transformación del palacio de los

al que tengo delante, fechado en agosto de 1870 (A. R. Z.), y cuyo texto empieza así: «Este billete será amortizado al ser planteada la República Federal, recibíendose en pago de toda contribución, derecho del fisco y en pago de los bienes que se desamorticen en cuanto a un 20 por 100.»

(57) Excusado está señalar las deducciones que se hicieron al comentar la clase de sonido bajo el cual quedó proclamado don Amadeo. Quiero aprovechar esta nota para citar un libro, mal hilvanado y no muy correctamente escrito, pero lleno de noticias, que, como memorias, se publicó entrado ya el siglo XX. Me refiero al de ANDRÉS CHICO DE GUZMÁN: *Turbulencias de una época. Páginas de historia política contemporánea* (Lorca, 1911).

(58) Esta, repito, famosa sesión del 16 de noviembre, pudiera señalarse con piedra miliar, por lo que a España respecta, indicadora del fin de una época parlamentaria y el principio de otra éticamente muy distinta. Un párrafo de Hunzinger sintetiza mi alusión (J. HUIZINGA: *En los albores de la paz*, trad. de J. Benavent, Barcelona, Janés, 1946; páginas 81-82): «Si no me engaño, hasta el año 1870, el juego de la representación del pueblo, de las elecciones y del debate parlamentario fué jugado, en los países que lo practicaban, con una dosis considerable de seriedad, de tacto y de dignidad. Todavía no estaban de moda ciertos hábitos, como el de hacer obstrucción sistemática, patear en los bancos o tirarse los tinteros a la cabeza. En general, reinaba todavía el respeto al sistema y al principio, reinaba confianza en el valor de los resultados del escrutinio, en la eficacia del voto de la mayoría, y en la felicidad que el sistema crearía en el porvenir. La mayor parte de los representantes del pueblo habían surgido de una cierta élite basada sobre la fortuna, el nacimiento o la capacidad. Aquellos hombres aportaban al sistema los buenos modales de su medio, estaban acostumbrados a comportarse con cortesía e incluso ceremoniosamente.»

(59) *Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo el día 26 de noviembre de 1870, con motivo de la apertura de las cátedras del Ateneo Científico y Literario de Madrid*, pág. 1.

(60) *Ibidem*, pág. 16.

(61) «Todo monarca es enemigo de todo liberal», escribe por esta época don Emilio Castelar (Archivo Ruiz Zorrilla, carta fechada en Madrid, el 20-XII-1870).

reyes, se aspiraba añadir el logro de una legalidad común para todos los españoles, la nivelación del presupuesto y el asentamiento de una moralidad hasta entonces inexistente en la vida política. Hechos, registrados hoy en documentos, nos hablan igualmente de los trabajos e intrigas de los fieles que aún quedaban a la antigua dinastía; trabajos e intrigas —no controlados aún por Cánovas— que transmitían sus vibraciones en el eje Madrid-Ginebra (62). Otro hecho significativo es el grito «¡Viva España en América!», que lanza el general Gabriel Baldrich, gobernador de Puerto Rico por estas fechas, en pro de una patria, de una monarquía y de una felicidad comunes y gloriosas (63).

El hecho más decisivo, sin embargo, por las perspectivas que cerraba y los malos presagios que anunciaba, quedaría marcado con sangre del 27 al 30 de diciembre. El asesinato del general Prim —que sigue siendo un enigma a pesar de los buenos intentos que se renuevan para descifrarlo (64)— abriría todas las compuertas, hasta entonces contenidas, del perenne desasosiego político-social de los españoles en el último tercio del siglo XIX. En lo social, precisamente, en este año de 1870 iniciaría sus actividades en España la *Asociación Internacional de los Trabajadores* con un programa que, como objetivo esencial para librar a los obreros de las preocupaciones en que vivían, fijaban la «abolición de todas las religiones, de la propiedad, de la familia, del derecho de herencia y de la nacionalidad» (65).

RAFAEL OLIVAR BERTRAND

(62) Archivo Antonio Maura, Madrid, carta del general Manuel Gasset a don Alejandro Castro y don Claudio Moyano (Bayona, 19-XII-1870).

(63) *Proclama del Gobierno Superior Civil de la Isla de Puerto Rico* (10 de diciembre de 1870), en la que se informaba sobre «el alambre eléctrico que, en breve, pondría la isla en rápida comunicación con la Madre patria».

(64) V. el último en el trabajo de ANTONIO PEDROL RÍUS, *Estudio sobre el proceso del asesinato del General Prim*. Prólogo de don Eduardo Aunós, Epílogo del Dr. De la Fuente Chaos, Reus, Asociación de Estudios Reusenses, 1960; 114 págs.

(65) *Circular de la Internacional para España*, 1870. He copiado el ejemplar custodiado en el Archivo Ruiz Zorrilla.

